

DIA SEXTO.

Dios, que con tus palabras sacrosantas
Vida á los varios animales diste,
Y de vil cieno con tus manos santas,
Al hombre frágil inmortal hiciste;
Tú, que en el Hijo maravillas tantas
Para solo servirte estableciste,
Muéstrame los linajes desiguales
De los mansos y fieros animales.

Humilla los soberbios corazones
De los tigres y toros enojados,
Doma la ira y furor de los leones,
Espanto de los bosque apretados;
Sujeta á mis acentos los dragones,
Los cerastes, los áspides pintados
Que hoy produce la tierra piadosa,
Obediente á tu voz imperiosa.

Pare el curso á mi canto numeroso,
Eparcado en octavas derramadas,
El caballo que suelto y presuroso,
Revuelve á todas partes las pisadas,
Rompiendo con las manos orgulloso
Sobre el pecho las cintas apretadas,
Y al batir el jinete el acicate,
Vuela, cual ave que las alas bate.

Deste suelto linaje, que sustenta
Con sus pastos la tierra, el mas ligero
Es el que en las orillas se apacienta
Del Ebro en el ibérico hemisfero;
En el arrebatado curso afrenta
Al armenio y al bárbaro guerrero,
Y contender con el halcón podría,
Cuando en seguir al pájaro porfia.

Pero el que en los Eliseos campos paze,
Que Guadalete con sus aguas baña,
En todo conocida ventaja hace
Al siculo, al tirreno, al de Bretaña,
Al que en Tesalia y en la Scitia nace,
Al de Africa, al de Creta, al de Alemaña,
Y así por padre al Céjro le dieron
Los que su ligereza conocieron.

Este animal, si extiende la carrera,
Señal ninguna de sus pies parece
En el arena, ni sobre la esfera
De las ondas las uñas humedece;
Ni las espigas puestas en hilera
Dobla cuando sobre ellas acontece
Volar corriendo, que es como la estrella,
Que veloz pasa por la rueda bella.

Cuando en la guerra las escuadras mira,
Y oye el son de la héllica trompeta,
Por las narices vivo fuego espira,
Como cuando el gran Júpiter saeta;
Y ardiendo en llamas de coraje y ira,
Al son del instrumento, cual saeta,
Parte, y en la trabada escaramuza
Las encontradas picas desmenuza.

No el confuso ruido le acobarda
De añfiles y roncacos atambores,
Ni de las armas ni de la bombardas
Los truenos y encendidos resplandores;
Aqui unas veces al peligro aguarda,
Alli apresta los pasos voladores;
Con asalto atrevido y temerario
Desbarata al ejército contrario.

Simil furor al elefante enciende
Del cruel Marte en el ensayo fiero,
Cuando la torre sobre sí defiende
Del impetu adversario y duro acero,
Y con los vastos pies derriba y hiende
Con gran rumor al escuadron guerrero,
Como cuando el crecido rio baja
De montes altos y las peñas raja.

No hay cuerpo vivo de tan grande peso
En la tierra que iguale al elefante,
Que de léjos parece el bulto grueso
Cuando camina, que pasea Atlante;
O el soberbio bajel que, siendo opreso
De los vientos, el mar sulca inconstante,
O la nube cargada de humidades,
Que de sí vierte negras tempestades.

Esta viva montaña, según fama,
Conoce con espíritu agorero
Cuando la funesta Atropos la llama,
Ejecutando en ella el ciego agüero;
Que como el blanco cisne que derrama
El canto, anuncio de su día postrero,
Así la bestia tristes quejas vierte,
Conociendo acercarse ya su muerte.

Y ninguno de cuantos animales
En diversas regiones hay nacidos
Imita mas las fuerzas naturales
De nuestras tres potencias y sentidos;
El cual de las esferas celestiales
Mira á veces los fuegos encendidos
Con cierta sumisión, y á alcanzar viene
Que el cielo sobre sí dominio tiene.

Cuando la luna á renovar empieza
De los cuernos las puntas plateadas
Movido de la gran naturaleza,
Ramas corta en las selvas laureadas;
Y levantando en alto la cabeza,
Las mira con las luces renovadas
De Cintia, y blandamente las menea,
Como quien algun don della desea.

Y ¿á quién no admira en carga tan pesada
Tan presta ligereza, que haciendo
Fiestas Neron, entró en la empalizada
Esta bestia por un arco subiéndolo,
Y en la maroma, en alto levantada,
Anduvo, sobre sus hombros trayendo
A vista de la gente á su maestro,
Cual suele el volatin práctico y diestro?

De su conchosa carga en la grandeza
La abada casi al elefante iguala
Y en la frente cubierta de aspereza
Un cuerno lleno de rigor señala;
Con el cual del acero la dureza
Con impetu feroz hiriendo, atala,
Y cuando el elefante la acomete,
Venciéndolo, contra él fiero arremete.

Este linaje, muchos escritores
Dudan si tuvo á las entrañas duras
De la tierra por madre, ó sin amores
Ni bodas recibieron sus figuras,
Como hemos visto entre los nadadores,
Monstros del mar, algunas eriaturas
Nacer sin padres, cual las conchas y ostras,
En torno armadas de aceradas costras.

Mas; oh musa! divierte tus razones
De cosas tan pequeñas por ahora,
Ni trates de las simias ni hurones,
Ni de la comadreja dañadora;
Deja tambien aparte los lirones,
En quien el sueño tanto tiempo mora,
Siempre encerrados en las tumbas frias,
Hasta que hacen los templados dias;

Mas, cuando alegres del verano tierno
Los primeros aspectos se rieron,
Y los desdenes del nevado invierno
Y helados disfavores perecieron;
Dejan el sueño, al parecer eterno,
Donde, viviendo, muertos estuvieron,
Y del sol viendo el fuego luminoso,
Se acuerdan fuego del manjar sabroso.

Ni de la harda tratarás vellosa,
Que cuando hiere al Cancro el sol dorado,
A la nativa casa calurosa,
De la acopada cola hace tejado;
Como el pavon cuando la suya hermosa
En arco encorva, de arrogancia hinchado,
Con mas colores que no el iris vino
Tras el tempestuoso torbellino.

Y así, no se dilate ni suspenda
De los toros indómitos y atroces
La furiosa nación, y la contienda
Que mueven entre sí, cuando feroces,
Soltando á los bramidos larga rienda,
Con rabia aguzan las valientes hoces
De los agudos cuernos en las rocas,
Niebla arrojando por las grandes bocas.

Destos bravos y fieros animales
El dominio entre todos ejercita
Como el rey en los subditos leales,
El que en fuerzas no halla quien le imita;
El cual, como con leyes naturales
A obediencia, á la mandra necesita,
Y como á capitán el gran rebaño
Le busca y sigue con amor extraño.

Pero cuando del gremio se retira
Alguno de celosa rabia herido,
La nudosa cerviz, bramando de ira,
Alza en alto con impetu atrevido;
La cruel vista á todas partes gira
Buscando al que en tal furia le ha ofendido,
Y si acaso con el solo se halla,
Se traba entre los dos fiera batalla.

Puestos los enemigos frente á frente,
El uno contra el otro al punto cierra,
Vierten por las narices fuego ardiente,
Segando con los pies la seca tierra;
El desdenado toro, que, impaciente,
El fuego del sangriento Marte afierra,
Al adversario asalta por dar muerte
Hiriéndose ambos con el cuerno fuerte.

Como cuando con impetu violento
Dos naves de contraria gente armadas,
Alborotando el húmido elemento,
Se encuentran con las proas azoladas;
Así llegan los dos á rompimiento,
Sin cesar de las armas destroncadadas
La riña atroz, hasta que el uno alcanza
De la alegre victoria la alabanza.

Y el que por su naturaleza flaca
Quedó vencido, la cerviz rehuye
Del duro yugo, y á la selva opaca
Corrido y lleno de vergüenza huye;
El dolor concebido nunca aplaca,
Que por todas las venas distribuye,
Cuya edad el callado curso hace
Entre rocas, do á solas siempre paze.

Mas si goza do vive retirado
De mas valientes soplos, temerario
Baja del monte, y de furor armado
Traba guerra otra vez con el contrario;
Y apenas el combate es comenzado,
Cuando vencido brama el adversario,
Los valles con mugidos atronando,
Las celestes esferas penetrando.

Pero castrando á este horrído linaje,
Aunque está armado de rigor insano,
Doma y amansa á su feroz coraje
Del hombre astuto la maestra mano;
Y con derecho y circular viaje
Sulcando de la tierra el monte, el llano,
Los ojos van torciendo oblicuamente,
El yugo atado á la nudosa frente.

Oh animal sobre todos venturoso,
Que no solo eres útil cuando vivo
Para nuestro uso, pero provechoso
Cuando ya de la Parca eres cautivo!
Con tu piel se arma el hombre, y animoso
Al impetu resiste ejecutivo,
Y de tus armas las ballestas hechas
Disparan muerte con agudas flechas.

Los fieles perros son á nuestras vidas
De no menor utilidad, que airados,
Acompañan con fuerzas atrevidas
Sus cuerpos, sus espíritus osados;
Y vibrando centellas encendidas
Y rayos de los ojos abrasados,
Los ladridos derraman con tal grito,
Que aseguran el tímido distrito.

Hay tambien destos raza helicosa,
Que contra el fiero ejército se aira,
Cuando de la trompeta sonora
Enciende la señal á Marte de ira;
Y en los ánimos rabia impetuosa
Ciego furor el son horrible inspira,
Y las escuadras de á caballo aguza
Para la peligrosa escaramuza.

No del Medo las flechas herboladas,
Que amenazando están mortal destino,
Le espantan, ni las balas enviadas
De plomo con el negro remolino;
Ni le mueven las pértigas vibradas
Con el arrebatado torbellino,
Antes al enemigo espera inmóvil,
Como en la tierra el arraigado roble.

Ni jamás habrás visto alguno destos
Que vuelva las espaldas húmidoras
A los terribles impetus opuestos
De las lanzas y espadas vengadoras;
Antes todos, ó turban en los puestos
Al contrario con fuerzas vencedoras,
O del bético ejército heridos,
Con daño universal quedan vencidos.

Con ellos los antiguos Colofones
Aseguraron su afligida tierra,
Y del Caspe los fuertes torreones
Deshechos fueran con sangrienta guerra,
A no ser defendidos sus cantones
Destos, si la vulgar fama no yerra,
Y así hacían á los muertos perros
Con pompa funeral gratos entierros.

El snuelto ciervo, para su defensa
Del perro astuto huyendo, diligente
Al hombre busca, aunque en la selva densa
Provoca á guerra á la cruel serpiente,
Con la cual ejercita furia inmensa
Siempre en su pecho y odio impaciente,
Y en la parte del monte convecina
La sigue, amenazando su ruina.

Luego que el ciervo á la enemiga fiera
Vió con las grandes vueltas retorcida,
Alegre las pisadas acelera
A las cavernas, donde está escondida,
Violentando los soplos de manera
Por la nariz abierta y encendida,
Que á la batalla del profundo asiento
Salir la hace con forzado aliento.

Ella cubierta de ira y de veneno
Le mira, alzando la espantosa cresta
En alto, y de ponzoña el diente lleno
A un tiempo bate y la cerviz funesta;
El snuelto ciervo, de temor ajeno,
A la que en vano por huir se apresta,
Revuelta por el cuello y las rodillas,
Mata, clavando en ella las mejillas.

Deste áspero linaje ponzoñoso
Varias formas de Libia en las arenas
Se apacientan, do hiere impetuoso
El hinchado Océano con sus venas;
Alli vierten veneno lastimoso
Los escorpiones, las ansifibenas,
Los basiliscos y otros animales,
Que escupen muerte contra los mortales.

La vibora el dañoso cuello extiende,
Encogiendo la cola y alargando,
Y con la lengua vibradora hiende
Al aire, negra peste vomitando;
Al fin es hembra y mas que otra se enciende
La ofensa venenosa ejecutando,
Con cuyos golpes al herido triste
Mas presto la espantosa Parca embiste.

De la lujuria en el ardor amado,
Este animal con el agudo diente,
La cabeza al marido desdichado
Corta, incitada del furor ardiente;
Y cuando ya del parto sazonado
El riguroso tiempo está presente,
Los hijos al nacer, vengando al padre,
Rompen el vientre de la cruel madre.

El esparamarin, que el africano
Compara al dardo acelerado y fiero,
Desde el tronco se arroja y huye insano
Por la pasada sien del pasajero,
Mas ligero que cuando al aire vano
Sale la bala del colado acero;
Pero aunque la ponzona no le mata,
Con la herida el hado lo arrebató.

La salamandra muestra su figura
Tan solamente cuando el torpe frío,
Soplando el Aquilon con rabia dura,
Hace parar el caudaloso río;
Esta vomita peste, que en blancura
Excede al puro y cándido rocío;
Ni sale á luz, mientras desde su cinta
Al suelo húmido el sol enjuga y pinta.

En sus miembros tan gran rigor derrama
El fiero invierno, que en el fuego puesta,
La fuerza amansa de la ardiente llama,
Como á las brasas hace el agua opuesta;
El cerastes con una y otra escama,
El viaje torciendo en la floresta,
Resuena, como cuando el mar golpea
A la nave, que á un lado y otro ondea.

Si en el triste hombre la lucerta toca,
El ponzoñoso golpe ejecutando,
En brasas vuelve la sediente boca
Del herido, el mortal cuerpo hinchando;
Y el dañado veneno, que á sí avoca
Al radical humor, se va ensanchando
Mas que el cuerpo, que ya su ser perdiendo,
Los límites humanos va excediendo.

De todo punto en el mezclado peso
El enfermo se esconde y se retira,
El globo informe con hinchado exceso
Consumiendo al doliente en torno gira;
No puede recibir el bulto grueso
Los miembros del que apenas ya respira;
Al fin, al misero hombre en sí escondido
Desampara el espíritu aligido.

Pero no hay animal tan riguroso
Entre las varias ponzoñosas huestes
Que el basilisco, cuyo silbo odioso
Atemoriza las letales pestes,
Haciéndolas con paso temeroso
Volver atrás volando mas que Oestes,
Aunque en los bosques y en las selvas toscas
En arco doblen espantosas roscas.

Y con los ojos, sin que le resista,
Al varon mas robusto el monstruo horrible
Mata, porque los rayos de su vista
Corrompen en el hombre lo visible;
Por cuya causa á lo demás conquista,
Que pende del cerebro aprehensible
Y de la vida del corazón fuerte,
Y así con mirar solo causa muerte.

Estos y otros crueles animales
Que saetean muerte venenosa,
No ejecutaban impetus mortales
Al principio con ira ponzoñosa;
Y así, contra las obras celestiales
No se vuelva la lengua maliciosa,
Ni culpe al Criador, porque los dientes
Tan dañosos volvió de las serpientes.

Que á verter ciega rabia comenzaron
Al punto que gustó Adán la manzana;
Las víboras y dipsadas vibraron
Las lenguas contra la progenie humana;
De las ofensas hechas se vengaron
Con el dañado aliento y boca insana,
Y entre árboles floridos encubiertas,
Ejecutaron las heridas ciertas.

Mas no es bien espaciarme por la arena
De la abrasada Libia tiempo tanto,
De fieras hidras y serpientes llena,
Sordas del mago al poderoso encanto;
Porque de horrendos animales suena
Una escuadra, que así propia da espanto,
Y poco á poco por la selva oscura
Los temerarios pasos apresura.

Miro al furioso jabali, que ajeno
De humildad, con el corvo diente astillas
Hace los robles, y de duro cieno
Fabrica áspera cota á las costillas;
Y sacando el anhélito del seno,
Vierten caliente espuma sus mejillas,
El cual descubre sobre el lomo juntas
Cerdas, que imitan aceradas puntas.

Miro también al puercoespín armado
De agudos dardos por la selva umbria,
Que sin cuerda, del arco levantado,
Saetas mil al enemigo envía;
Y después en el rígido costado
Y en las espaldas otras tantas cria,
Con que renueva la áspera batalla
Cuando en necesidad estrecha se halla.

¡Oh flechero, á quien nunca en el aljaba
Faltó saeta, y mientras se retira,
Cuando la fiero mas robusta y brava
Le sigue, flechas rigurosas tira!
Como cuando el mancebo el arco traba,
Y con la experimentada mano estira
La cuerda, y retirándose constante
Huye y pelea, todo al mismo instante.

El erizo, que en torno trincheado
De agujas y de espinas duras nace,
Cuando el peligro ve, del cuerpo armado
Un globo para su defensa hace;
Y dentro de sus armas encerrado,
Contra el peligro como muerto yace,
Y en la circular fuerza recogido,
Se defiende del impetu atrevido.

El suelto lince, vivos resplandores
De los ojos y pálpabras derrama,
Y cuando los astutos cazadores
Roban sus hijos, suspirando brama;
Como cuando los partos vencedores
Con ímpio asalto y encendida llama
La ciudad baten, y la madre llora
Al niño tierno, que defuncto adora.

También es justo, ¡oh musa! me refieras,
Pues su generacion has conocido,
Los mezclados linajes de las fieras,
Que la naturaleza ha confundido;
Cuando considerando las panteras,
Les hizo de camellos el vestido,
Mas no por eso la piel mansa quita
La furia que la gran bestia ejercita.

Este monstruo feroz jamás concibe
Mas que una vez, porque en la madurez
Del parto, cuando el hijo se percibe
Para nacer y á ver la luz empieza,
Al vientre, que piadoso lo recibe,
Despedaza (cruel naturaleza);
Y así la madre de dolor forzada
Aborrece la prenda tanto amada.

También tiene odio y aborrecimiento
Con el dragon, y cuando satisface
Con su carne mortal al pecho hambriento,
Sepultada en el manso sueño yace;
Mientras que con su claro nacimiento
Tres veces á la noche el alba hace
Huir debajo de la tierra fría,
Trayendo al mundo el deseado día.

Pero cuando la bestia se levanta
Del grave sueño, somnolenta y floja,
Un suavísimo olor por la garganta,
Entre gritos envuelto, al aire arroja,
De cuya dulce voz teme y se espanta
El dragon, y la rabia y fuerza aloja,
Y deseoso de salvar la vida,
Da espaldas á la tímida huida.

El veloz dromedario, descendiente
De los camellos, con los pies misura
Treinta y tres leguas, mientras refulgente
Vertiendo por el cielo lumbre pura,
Una vuelta da el sol resplandeciente,
Al globo entero de la tierra dura,
Huyendo de sus vivos resplandores,
La noche rodeada de temores.

Todas las carnes de su carga vasta,
Este animal con el caliente exceso
De su complexion deshace y gasta,
Casi mostrando descarnado el hueso;
Y así el calor, que el gran cuerpo desbasta,
Nunca permite que el carnoso peso
Que sobre el alto dromedario estriba
Sea grande como la figura viva.

El leon, de los ojos encendidos
Arroja vivo fuego, y cuando saca
Del enojado pecho los bramidos,
Mueve las cimas de la selva opaca;
Herido con los ásperos gemidos
El monte de temblar nunca se aplaca;
Con trépido rumor el eco suena
En los valles, y el denso bosque truena.

Y cuando por sus miembros se desliza
La ira, la tierra con la cola azota;
El fuego de la sana ardiente atiza
Con el propio furor que della brota;
Mas las brasas se vuelven en ceniza,
Y del enojo el mar profundo agota,
Cuando del gallo mira la alta cresta
En la cabeza, cual corona puesta.

¡Oh tú, Clio! los bravos corazones
Canta ahora, los ímpetus osados
De aquellos etiopicos varones,
Que en sus fuerzas y astucias confiados,
En la sangrienta caza á los leones,
Espanto de los bosques apretados,
Acometen con ánimo atrevido,
Disfrazados en hábito fingido.

Estos fabrican ágiles broqueles
Entretejidos con espesos fidos
De mimbres, extendiendo secas pieles
De fuertes toros sobre los escudos,
Porque á las uñas fieras y crueles
Y á los dientes solícitos y agudos
Sirva de muro el circular reparo,
De los pechos astutos firme amparo.

De lana el cazador el cuerpo cubre,
De acero armando la cabeza y frente,
Y con cierta invención solo descubre
Lleno el rostro de luz resplandeciente;
Entonces por la selva alta y lugubre
Hendiendo el aire la animosa gente,
Con espesos azotes, busca y llama
Al enemigo, que espantoso brama.

Sale armado de enojo y rancor ciego
De las cavernas, y con furia loca,
Viendo el leon al abrasado juego,
Arroja espuma por la cruel boca;
Y semejante al atronado fuego
Que desmenuza á la mas dura roca
Y al laurel reservado nunca agravia,
El animal ardiendo en llamas, rabia.

Como del suelto Ganges la carrera,
Los pueblos de Bitinia rodeando,
Hace grande rumor en la ribera
Cuando se va del monte despeñando;
Así se muestra la espantosa fiero,
Con bramidos los cielos atronando,
Y como torbellino áspero, embiste
Al contrario, por darle muerte triste.

Los sagaces etopes inmóviles,
Del animal soberbio y anhelante
Esperan á pié quedo, como robles,
El impetu atrevido y fulminante;
Mas si en los miembros del cazador nobles
Clava las uñas rígidas triunfante,
A la una y otra parte lo derriba,
Y de la vida con rigor le priva.

También al adversario encarnizado
Hace huir el escuadrón valiente,
Que en las astutas armas confiado,
No teme el golpe de su agudo diente;
El cansancio otras veces irritado
Acaba la feroz bestia impaciente,
Que sin deleite á todas partes vuelve,
Y con estos y aquellos se revuelve.

Cual soberbio soldado, que ceñido
Entorno de enemiga turba se halla,
Y aquí y allí de colera encendido,
Con el alfanje acude en la batalla,
Pero al último cae, mal herido
De la guerrera indómita canalla,
Así el leon, los premios de la guerra
Renunciando á los hombres, cae en tierra.

Y como el que vencido en ella queda,
A manos del contrario riguroso,
Y traspies dando por el suelo rueda,
De arena envuelto y todo sanguinoso;
En la infausta y reñida polvareda,
Los miembros extendiendo perezoso,
Así el leon sobre la yerba alarga
Del mortal cuerpo la sangrienta carga.

Entonces las cuadrillas animosas
Persiguen mas la fiero desangrada,
Y con grillos de cáñamos y esposas
Triunfan della, fuertemente atada;
¡Oh gentes de Etiopia valerosas,
Que en vuestros pechos habeis dado entrada
A tal atrevimiento, y cual cordero
Llevais ligado al animal mas fiero!

Después que á los terrestres animales
Dió vida el Criador de la luz pura,
Formó con sus palabras inmortales
Al último del hombre la figura;
No porque de sus obras celestiales
Fuese menor tan noble criatura,
Sino porque primero no naciese
Rey, y no hallase quien le obedeciese.

El Hacedor del círculo estrellado,
«Hagamos, dijo, al hombre á imagen nuestra,
Y á cuantos animales he criado
Sujete y dome su invencible diestra;
De los cielos el curso arrebatado
Penetre y el viaje que el sol muestra,
Y con ingenio perspicaz posea
Cuanto ve, y el Olimpo en sí rodea.

Luego templando el polvo derramado
Con el húmido barro el Padre Eterno,
Dió forma á un cuerpo bello y acabado,
Figura al fin de su dibujo interno;
Cual suele el escultor ejercitado,
Fingir de blanda cera ó yeso tierno
Alguna estatua, cuya muestra hermosa
Compuso con la masa perezosa.

Forma los cielos Dios, su curso mide,
Hace la tierra, el mar, el fuego, el día,
Y ni consejo ni parecer pide
Cuando la universal máquina cria;
Y hoy que al mayor el menor mundo anide,
Llama al amor y á la sabiduría
Como á consulta, porque al hombre gusta
Dar forma, que á su imagen venga justa.

El sempiterno Artífice criando
Todos los animales, juntamente
Les dió ánima y cuerpo, pero cuando
Al hombre hizo el Verbo omnipotente,
Principio á la obra milagrosa dando,
Nuestros cuerpos crió primeramente,
De la tierra, y después el alma pura
Inspiró con su aliento en la figura.

Padre incomprendible y soberano,
Que del Olimpo la voluble rueda
Con tu voluntad mueves, guía mi mano,
Para que yo sobre esta tabla pueda
Retratar con pincel, hoy, mas que humano,
Al que del universo el reino hereda,
De suerte que el pincel pintando arguya
En su rostro señal alguna tuya.

Dios, que manda correr con las edades
Al tiempo, y los espíritus violentos
Enfrena, y procelosas tempestades
Del mar hinchado y sopladores vientos,
Reconciliando las enemistades,
Entre los repugnantes elementos,
Dió forma de una informe y débil masa
Al hombre, en cuyo dulce amor se abrasa.

Y como con suprema providencia
El inmenso poder estableciere
Que la figura simil a su esencia
Sola entre las demás celestial fuese,
Enderezó en dos pies su real presencia
Para que el hombre contemplase y viese
El sitio, que inmortal asiento tiene,
De donde su divino origen viene.

Y a la celestial mente dió morada
En la parte mas ardua y excelente
Del cuerpo, porque en alto levantada
Como desde un alcázar eminente,
Pueda domar la ira arrebatada,
Apagando al furor la llama ardiente,
Y a los demás afectos y pasiones
Ligar con fuertes grillos en prisiones.

Este don, este fuego esclarecido,
Este ingenio adornado de luz pura
En la esfera del hombre está incluido
Como el inmenso Artífice en su altura,
Y como Dios con natural vestido
La cumbre ornase desta criatura,
Adornó juntamente al mismo instante
Con necesarios miembros su semblante.

La delicada frente, do se escribe
El nombre eterno, fue libre y abierta
Con las desnudas sienes, y recibe
La fe, que del olimpo abre la puerta;
Y de lo que el mudable hombre concibe
Cual viva imágen del corazón cierta,
En su figura habla, dando indicio
Del ánimo malevolo ó propicio;

En cuya superficie tersa y lisa
De la infamia el temor casto reposa,
Que la cabeza al mal intento pisa
Con sola su apariencia vergonzosa;
Del honor invidioso la divisa
Se descubre con pompa victoriosa,
Y el humor melancólico que envía
Saturno desde su morada fría.

Los ojos, cuyos vivos resplandores
Igualan a los fuegos inmortales,
Vibrando de allá dentro sus ardores
Por claros y diáfanos cristales,
Ilustran a las cosas inferiores,
Puestos en alto como dos fanales,
Y con el alma viven mas unidos
Que no los demás hábiles sentidos.

Y así, cuando el tranquilo aire reposa
En el pecho con plácido semblante,
O alguna causa inquieta ó dolorosa
Con fuerza bate al ánimo anhelante,
O torciendo la vista figurosa
Le perturba la ira fulminante
O otra diversa enfermedad le oprime,
La vista dellos el efecto exprime.

Las cumbres, que en dos arcos se aparecen,
Con unida distancia divididas,
Como con baluartes fortalecen
Las fieles centinelas defendidas,
Porque a los claros fuegos que escurecen
Del Olimpo las hachas encendidas,
No los apaguen los sudores frios
Que de lo alto bajan hechos ríos.

Tienen también una virtud secreta
Que descubre del alma las pasiones,
Porque cuando se ven cual línea reta
Publican mujéres intenciones;
El animal humano se sujeta
A padecer sangrientas corrupciones
Cuando muestra las cejas tan sutiles
Que casi iguales son a los perfiles.

Si están caídas demasíadamente
Y como espesos bosques apretadas,
Vierte la invidia del rabioso diente
La ponzoña en las venas apestadas,
Y del veneno con el fuego ardiente
Devora las medulas abrasadas,
Haciendo la cruel ave de Ticio
En sus entrañas nuevo sacrificio.

Las orejas, que son fieles espías
Del cuerpo, van torciendo y revolviendo
Como dos torres, por oblicuas vías,
La ingeniosa lumaca componiendo;
Para que cuando en los turbados días
Soplare Bóreas con terrible estruendo,
No penetre tan fácilmente el viento
Y impida del oído el instrumento.

Y porque al tiempo que el oscuro velo
Del aire con el trueno sacudido
Se rompe, al punto que el vapor del cielo
Baja a la tierra en llamas encendido,
Por las orejas con derecho vuelo,
Del rayo entrando el áspero gemido,
No atronase el juicio en tal conflicto
O otro cualquiera temerario grito.

Pero ¿qué soberano entendimiento
De la nariz abierta no se admira
Por donde sale y entra el vital viento,
Con que el humano corazón respira,
Y del cerebro baja el excremento
Pesado, y el ligero en alto tira,
Y recibe al vapor fumoso y grato
Con animado espíritu el olfato?

¡Oh dulce boca, fiel anunciadora
De lo que en el erario deposita
De la memoria el hombre, y atesora
Y de lo que en el pecho solicita!
Por tí enjuga los ojos cuando llora
Y a la pasión mortal el dolor quita,
Por tí se enciende fuego generoso
En el ánimo helado y temeroso.

Eres puerta por donde el aire entrando
En tu concavidad se sutiliza,
Y del pulmón por el canal pasando
Al corazón caliente se deshiza;
Donde la ardiente fuerza extenuando
Que dentro del demasado fuego atiza
Del calor natural, no es destruido
El corazón en llamas encendido.

Del amoroso afecto se declara
Con el beso la fe, y la dulzura
Se manifiesta de la amistad cara,
Que en triste adversidad se conjetura,
Pero tú ¡oh Júpiter! la señal tan rara
Y claro indicio de caridad pura
En traición truecas, y para dar guerra
Usas de prendas que la paz aferra.

Los labios son murallas de los dientes,
Porque como de su naturaleza
Se humillan a los soplos inclementes
Del cierzo y del invierno a la aspereza,
Estando ellos expuestos y patentes
Del hielo penetrante a la dureza,
Padecieran del frío los agravios,
A no ser defendidos de los labios.

Los duros dientes puestos en hilera,
El sitio de la boca defendiendo,
Cuanto se les opone en la carrera
Cual rueda de molino va rompiendo;
Y el que crió la universal esfera
Los fué con rojo ornato componiendo,
Porque horror no causase con su vista
Del blanco aljófar la ordenada vista.

La lengua, entre los labios encerrada,
La cual con sus inquietos movimientos
Varía la voz herida y azotada,
Del ánimo declara los intentos;
Pero ella por sí sola puede nada
Para cumplir el don de los acentos,
Si con la ofensa no fué socorrida
De los dientes y labios oprimida.

Por estar junto del cerebro, tiene
Con la cabeza el brazo conveniencia,
De quien naturalmente a tomar viene
De una virtud secreta la influencia;
Y así, cuando sobre ella contraviene
De algun impetu fuerte la inclemencia,
Al fiero golpe que el varón dispone,
Al punto en su defensa se antepone.

Las manos, pensamientos inmortales
En retórico estilo solemnizan,
En los arcos de mármoles triunfales
Las empresas y hazañas eternizan;
Entre el Verbo divino y los mortales
De la celeste gracia el fuego atizan;
Con ellas fama eterna el hombre cobra
Y Dios compuso la universal obra.

Mas ¿quién podrá los nudos y junturas
Callar de las rodillas inclinadas,
Con las aptas y promptas dobladuras
Para servir al cuerpo acomodadas?
Por ellas el Señor de las alturas
Se olvida de las culpas condenadas;
Los pies son base sobre donde estriba
Del templo humano la columna viva.

Y si también en lo interior se mira
El hombre, grandes maravillas causa
El eterno poder. ¿Quién no se admira
Del corazón, de todas obras causa?
El cual, si con las llamas de la ira
Se enciende, al fuego ardiente pone pausa
El varón con la sana medicina
Del húmido pulmón, con quien confina.

En la mitad del animal se anida
Para que en las virtudes naturales
Del alma influya movimiento y vida
Y en todos los demás miembros mortales;
Como el sol, que con lumbre esclarecida
Da espíritu a las luces celestiales
De las estrellas que sobre él se encumbran
Y de las que debajo del alumbran.

Hace asiento en el hígado la llama,
Que hasta el blando cerebro se divierte,
Y después por los ojos se derrama
Y en los demás sentidos su ardor vierte;
A la humedad a sí tirando inflama
Con el calor, y en sangre la convierte,
La cual por todo el cuerpo caminando,
Va los miembros y vida acrecentando.

¿Qué diré de las venas, por las cuales
El humor y la sangre discurriendo
Con licuores bañados y vitales
Todos los miembros van humedeciendo,
Así como los líquidos raudales
Que de las altas cumbres descendiendo,
Por las vegas y valles extendidos
Corren en varias partes divididos?

Después que fué acabada la figura
De la perfecta novedad, y el ceno
Recibió en todo entera hermosura,
En los campos del valle damasceno,
En carne se volvió la carga dura,
Y los huesos sacaron de su seno
Las médulas creciendo, como cuando
Cintia el rostro con fuego ya aumentado.

Por las venas y arterias esparcida
La sangre poco a poco se difunde,
En las blancas mejillas encendida
El aurora el color rojo confunde;
Entonces Dios, por darla eterna vida,
En su semblante inmortal llama infunde,
Que fué un divino espíritu soplado
Con que el humano cuerpo fué animado.

Y la suprema y soberana lumbre
Que del hombre el dominio y el gobierno
Tiene, se asienta en su mas alta cumbre
Como en el cielo el Criador eterno;
Pero cuando en alguna pesadumbre
Se ocupa, baja por camino interno
Para tomar consejo, al sabio pecho
Como a tesoro de prudencia hecho.

Este vivaz y celestial sentido
Es tan pronto a cualquiera movimiento,
Que cuando en el reposo está escondido
No reposa jamás solo un momento;
Antes, batiendo el vuelo sacudido,
En un punto traspasa el firmamento,
Y es menos caudaloso el mar profundo
Que no un ingenio peregrino al mundo.

El cual del ancho Ponto escudriñando
Va los secretos reinos y honduras,
Las grandes maravillas penetrando
De sus calladas y húmidas criaturas;
De donde después sale levantando
El vuelo hasta las últimas alturas,
Y vencedor, con la sabiduría
Torna a la redondez bañada y fría.

Y el infiel arguirá cómo presente
Y divertida en todas partes pueda
Del único Hacedor la eterna mente
Regir del orbe la universal rueda,
Siendo el humano ingenio tan potente
Que en parte alguna nunca se le veda
El paso, con estar aprisionado
En la cárcel del cuerpo y asediado?

Son del hombre tan grandes los primores,
Tan altas las grandezas que hoy alcanza
Del Criador, y tales los favores,
Cuantos puede tener su semejanza;
Que al mismo, en tres potencias interiores,
Por singular consejo y ordenanza
De la una y trina esencia soberana,
Figura y representa el alma humana.

Porque así como Dios, siendo uno, abraza
Todas las cosas con potencia eterna,
Y en todo asiste, y con divina traza
Las produce, da ser y las gobierna,
Así en la obra que fabrica y traza
Del hombre hoy el Señor, el alma interna
Toda está, y en cualquier miembro se anida
Y le mueve, gobierna y le da vida.

Y cual la compañía de Dios trina
Es solo un Dios que tres personas tiene,
Así en un cuerpo el ánima divina
Es una, que tres ánimas contiene;
En estas excelencias tres camina,
Y en la naturaleza que mantiene
Nuestro hombre interior con rico ornato,
De Dios guiando el celestial retrato.

Habiendo el sumo Padre a Adán formado
En los valles del campo damasceno,
Y de vida inmortales siglos dado,
Después lo trasportó al lugar ameno
Del paraíso, en torno rodeado
De umbrosas plantas y de flores lleno,
Que hizo el arte y poderosa mano
Del sempiterno y pródigo hortolano.

Hay un sitio en las playas orientales,
Donde está el giro que desde Levante
Al ancho mundo en partes corta iguales
De ambos polos igualmente distante,
Por donde cuando el sol a los mortales
Calienta con el tédido semblante,
La luz ignala del hermoso día
Con las tinieblas de la noche fría.

Allí de espesos árboles vestido
Un monte se levanta y sube al cielo,
Do ni el vapor en niebla convertido
Ni condensado en agua extendió el vuelo,
Ni sopló torbellino sacudido,
Ni cayó tempestad ni duro hielo,
Ni lleno el rostro de nublado oscuro,
Entristeció el invierno al aire puro.

Antes en su alta cumbre, decir oso,
Mueve las alas un templado viento,
Que el cielo, que jamás tuvo reposo,
Cria con su perpetuo movimiento;
Vistiendo al bosque espeso y deleitoso
Con fértil y odorífero ornamento,
Adonde el rubio Apolo, cuando nace,
Alegres sombras de las plantas hace.

No en la cola de estrellas adornada
Muestra el bello pavon tantos colores,
Ni la hija Taumancia levantada
Sobre cálidos y húmidos vapores,
Cuantos la excelsa altura matizada
Con verde esmalte derramando olores
Mas suaves que no los que apercibe
El ave con que eternamente vive.

Nunca á la cima hiere oblicuamente
El sol, pero aunque en las bordadas faldas
Bate, no quita con el fuego ardiente
El ornato frondoso á sus espaldas;
Resplandeciendo están continuamente
En ellas las floridas esmeraldas,
Y del rocío el puro aljofar hecho,
A la selva acopada esmalta el pecho.

Allí el influjo celestial conserva
Entre jazmines al verano tierno,
Allí entre flores la crecida yerba
Jamás teme al rigor del duro invierno;
Y como del y del ardor reserva
La clemencia del cielo al bosque eterno,
Los dones del otoño y primavera
Ocupan todo el año la ribera.

En medio deste sitio se desata
El raudal dulce de una hermosa fuente,
Que ni la gracia de la rica plata
Es tan lucida como su corriente,
Ni la luz que el cristal puro arrebatada
Al hiemal hielo es tan resplandeciente,
Y en blanca espuma argenta las orillas
Cándidas, cual de Cintia las mejillas.

El corredor y caudaloso río
En cuatro grandes brazos se reparte:
En el Eufrates, que con su humor frío
Por la mitad á Babilonia parte;
En el furioso Tigris, que con hrio
Como saeta voladora parte;
En el Nilo, que cuando se desliza
Por Egipto, los campos fertiliza.

Que siempre que con curso acelerado
Las márgenes de sus riberas hiende
Y á la terrestre lluvia derramado,
Estando el aire enjuto y claro, extiende,
La tierra del torrente arrebatado
A la esperada fertilidad prende;
Queda Menfis entonces asediada,
Y el húmido rebaño en torno nada.

El Ganges es el cuarto, que lamiendo
Los valles con sus aguas extendidas,
Siempre que crece, el límite excediendo,
Roba y hurta en las selvas escondidas
Las cortadas riquezas, que esparciendo
Están del sol las llamas encendidas,
Y en sus profundidades olorosas
Lleva juncos entre ovas cenagosas.

En este albergue ameno, que compuso
Con tantos dones el Rector del mundo,
La imagen hecha á su figura puso,
Y en ella infunde un sueño tan profundo,
Que al humano sentido grabó el uso
Con peso tan inmenso y tan focundo,
Que á su mente rumor no pueda alguno
Despertarla con impetu importuno.

Si acaso el hombre el son oye acordado
Desde lejos de algun dulce instrumento,
De altas y bajas cuerdas concertado,
Haciendo en voz unida su concanto,
Conoce sin ser visto que es formado
De perito maestro el grave acento,
Que con arte mezcló experimentada,
Para formar la música acordada.

DIA SÉPTIMO.

Haciendo luego milagrosa prueba
De sus hazañas, del sinistro lado
Un hueso la sacó, y de carne nueva
Lo cubre, y forma de mujer le ha dado;
Pónese al punto en pié la engendradora Eva,
Reconociendo á su consorte amado,
Y Dios con ley suave y poderosa
Juntó al marido su mitad hermosa.

Atento en la una y otra criatura
El que rige las ruedas celestiales,
Consagrando del lazo la figura,
Ligó las bodas con palabras tales:
«Vivid llenando el orbe en paz segura,
Y vuestros años sean inmortales,
Multiplicando las futuras gentes
Al mundo con felices descendientes.

»Siempre de todos sea respetada
La ley del matrimonio venerable,
Y la hembra á su santo yugo atada,
Guarde fe casta al tálamo inviolable;
A los que yo ligué con tal lazada,
Nadie interrompa el nudo maridable,
Por el cual dejará al padre el marido
De la fuerza amorosa constreñido.»

Destá suerte los dos consentimientos,
Dios con tranquila paz ató, y cantaba
El himeneo angélicos acentos,
Y á la honesta vergüenza saludaba;
El coro celestial con instrumentos,
Las dos almas en una publicaba:
Fué el paraíso el tálamo, la dote
El mundo, el Padre eterno el sacerdote.

Después tales palabras les presenta
El que sus voluntades ha ligado:
«¡Oh obra, que á mi mismo representa,
A la cual ser mi mano firme ha dado!
Ya veis la fértil gracia que frecuenta
Este bosque de dones tan binehado:
Goza pues de los frutos suspendidos
Para vuestro uso libre concedidos.

»En medio dél veréis que se levanta
El árbol de la ciencia, que noticia
Trae en el fruto la vedada planta
Del rico bien y cálida malicia;
Mas advertid á mi palabra santa:
No prohibis el rigor de mi justicia;
Que no toqueis en él, que el temerario
Cuidado de saber os es contrario.

»A cielo y tierra por testigos pongo,
Que si del árbol que os prohibo y quito,
Probar alguno el fruto, le propongo
Que con la muerte pagará el delito.
Cosa dificultosa no os impongo,
Que facil es servir el justo edito;
Y tendrá vida el que esta ley guardare;
Muerte cruel el que la quebrantare.»

Aprueban nuestros padres la sentencia
Por el Verbo divino promulgada,
Y alegres en su estado de inocencia,
La ley reciben para ser guardada.
Entonces viendo la divina Esencia
Del mundo la grandeza fabricada,
Y todo cuanto en ella obrado habia,
Y que era bueno, fin dió al sexto día.

Así en la grande fábrica del mundo,
Que con tal maravilla Dios dispone,
Que sorbiendo tanta agua el mar profundo
Nunca el límite excede, que le impone,
Luego el hombre con ánimo vocundo,
Acude al cielo, y la esperanza pone
En el que la gran máquina compuso
De la esfera inmortal para nuestro uso.

Fué acabada su bella arquitectura,
Y el Criador, que las estrellas guía,
Perficionó la universal criatura
De todo punto en el septeno día;
Y reposando el Padre de la altura
Del edificio que labrado habia,
Al momento de todo lo criado
Tomó el cargo, el gobierno y el enidad.

Deste cuidado inmenso la excelencia,
La igualdad de las cosas la publica,
Con que dispuso la divina esencia
Cuanto abraza en contorno la obra rica;
Adonde la mayor circunferencia
A la menor en nada perjudica,
Y las cosas supremas y abatidas
Por unas mismas leyes son regidas.

Guardan la antigüedad de cada cosa
Del Olimpo el ejército estrellado;
El sol desde la cinta calurosa
No impide con su lumbré al polo helado;
Ni desde la alta cumbre la fria Osa
Mirando en el Océano hinchado
Sumergir las demás claras estrellas,
Apetece bañar sus llamas bellas.

Cintia de plata las mejillas llena,
Contra los rayos de su hermano opuesta,
Y del orbe los cuernos enajena
Acercándose á Febo, y sin luz resta;
Después la rueda de claridad llena
Alegre á los mortales manifiesta,
Desterrando sus vivos resplandores
Del cielo á los demás fuegos mayores.

El astro perezoso nos avisa
Que la nocturna sombra se avvicina,
Que Apolo al inclinado Ocaso aprisa
Los causados caballos encamina;
Al día lleno de placer y risa,
Vuelve á traer la estrella malutina;
Así el amor renueva á los mortales
Las alternas carreras desiguales.

Esta regla discorde y acordada
Templa los elementos cada instante,
Para que pueda la humedad bañada
Dar lugar al contrario repugnante,
Y que la llama en alto levantada
Se acuerde con el frío penetrante
Y la carga del sólido elemento
Haga en su mismo peso firme asiento.

Por cuya causa en el verano tierno
Favonio sopla produciendo flores;
Amaltea del uno y otro cuerno
De ambrosia y néctar vierte los olores;
Enjuga el rostro el erizado invierno,
Rodeado de nieblas y vapores,
Y desde las pirámides de Egipto
Progne viene á habitar nuestro distrito.

Falta á las fuentes el corriente río,
Con veneno á la tierra el Canero baña,
El sol despierta al riguroso estio,
Encendiendo la pálida campana;
Codicia el segador el bosque umbrío,
Cortando con la rústica guadaña
A Ceres los cabellos á manojos,
Que de espigas doradas son despojos.

Al día con mas breve giro encierra
Titan en su carrera apresurado,
Poniendo treguas á la adusta guerra
Del leon en centellas abrasado;
Baja entre tanto de la inculta sierra
Con rumor el raudal acelerado;
El otoño la fruta suspendida
Distingue con la púrpura encendida.

Cubren los montes las desnudas frentes
Con lana espesa de bañada nieve,
El Aquilon con soplos inlementes
De los asientos los escollos mueve;
El anublado invierno turbias fuentes
Del cielo oscuro y blancas canas llueve,
Y desde la región helada y fria
El rigor perezoso al mundo envia.

Mantiene este orden cuantos animales
Nivelan por el aire la carrera,
Y cuantos en los húmidos cristales
Del mar respiran y en la dura esfera;
Este mismo, con términos fatales
Las cosas arrebatada, y de manera
Después las rige, que con voz experta
Del sueño de la muerte las despierta.

Entre tanto el Señor, único y solo,
Que con arrebatado torbellino
A los cielos sobre uno y otro polo
Con solo el pensamiento abre camino,
Y ordena que á su tiempo el rubio Apolo
Preste á la luna el resplandor divino,
Desde el trono inmortal do está asentado
Rige y gobierna todo lo criado.

Aquello que sacude y acelera
Con movimiento de ira, lo detiene,
Haciendo que atrás vuelva la carrera
Con el impetu mismo con que viene;
Y de su fuente natural saliera
Lo que encerrado el estable orden tiene,
Si las heridas justas no atajase,
Y después otra vez las renovase.

De suerte que el enidad soberano
De Dios, se extiende en toda criatura,
Principalmente en el linaje humano,
Que fué hecho á su imagen y figura;
Y sobre todos en el fiel cristiano,
Que á su presencia sacrosancta y pura
Ruegos envia con piadoso celo,
Su solio penetrando con el vuelo.

Por él dió á Febo luz esclarecida,
Virtud en las estrellas infundiendo,
Y hizo que á la tierra suspendida
El mar ciniese con sonoro estruendo;
Y en nuestro corazón mortal se anida
El Padre Eterno, en torno dél poniendo
Para su guardia vigilantes huestes
De inmortales espíritus celestes.

Mas todo cuanto dentro de sí encierra,
Del círculo hermoso el primer mobile,
El propio cielo, la pesada tierra,
Que sobre el aire tiene asiento inmoble,
Están sujetos á continua guerra
De inquietud y trabajo, y todo es mobile,
Y los tiempos que son irrevocables,
Entre si tienen lites implacables.

El cielo con perpetuo movimiento
En torno al mundo gira apresurado,
Y los planetas con el firmamento
Se encuentran en el curso arrebatado,
Del cual el seco y pálido elemento
En su ardiente región es violentado;
El aire en varias partes dividido
Es de uno y otro viento embravecido.

Las centellas en alto se levantan,
Inquietas con estrépito y ruido,
Como cuando las olas se quebrantan
En las piedras del Ponto sacudido,
Y las riberas tímidas se espantan
Del rumor con bañada ira encendido,
O como cuando suena el bosque umbrío
Herido con rigor del Bóreas frío.

Los vientos entre si desenfrenados,
Suspirando con impetu contienden,
Como cuando dos toros enojados
Con las frentes indómitas se ofenden,
Y la tierra con golpes porfiados
Nubes de polvo levantando, hienden,
Y á quien ha de seguir, todo el rebaño
Duda, mientras está dudoso el daño.

La redondez pesada de la tierra,
Que tan sólida y firme nos parece,
Tiembra en sus fundamentos, con que atierra
Los pueblos y la gente desfallece;
El reino de Pluton mueve la guerra
Por los abiertos pechos se aparece
Amenazando el cavernoso abismo
A otra provincia el torbellino mismo.

Después el Hijo eterno rodeado
De innumeradas angélicas legiones,
Y con su majestad propia adornado,
Vendrá á juzgar del mundo las naciones;
Castigará del hombre rebelado
Contra su ley las malas intenciones
Y obras inicuas con que le ha ofendido,
Dando á los justos premio merecido.

Entonces desde el trono soberano
De su grandeza, con aspecto horrible
Convocará ante sí al linaje humano,
Que en torno abraza el cielo inaccesible;
Cuanto en torno ciñe el Océano
Vendrán de la trompeta al son terrible,
Y los que de la amada vida ajenos
La madre universal tiene en sus senos.

El que entre los confines abrasados
De Egipto habita y encumbrado Atlante,
El que con los humores deslizados
Del Liso quieta el ánimo anhelante;
El que arrastra en los valles y collados
De Numidia el arado relumbrante,
Y la nación en tomar leyes tibia
Que pisa las arenas de la Libia.

El que debajo del Ecuator tiene
Duplicado el invierno y el estío,
Mientras vertiendo rayos el sol viene
Desde el Aries templado al Piscis frío;
El que de bastimentos se previene,
Cuando inundando el caudaloso río
En Egipto las villas y ciudades,
Fertiliza los campos y heredades.

Vendrán temblando al general juicio
Los que los altos obeliscos miran,
Cuya máquina excelsa y artificio
Mas á la vista que al oído admiran;
Y de la antigua Roma á su edificio
Comparadas las fábricas espiran,
Que descubiertos por los horizontes,
Humillan á los mas soberbios montes.

El que del mar junto al gran seno prueba
Del adusto calor el rigor fiero,
Los moradores de la España nueva
Que antes que otro ocupó Cortés primero,
Haciendo en los contrarios mortal prueba
De su invencible espada el duro acero,
Y acudirá ante Dios el yucatan
Que al arco aplica la robusta mano.

Los que gustan del río de la Plata
Que enriquece los pueblos y naciones,
Por donde el curso nitido dilata
Con sus preciosos y argentados dones;
El que en el puerto del Perú contrata
Y de Chile los bélicos varones,
Que de las pieles que á los lobos quitan
Se visten, y las flechas ejercitan.

El que habita tus montes, bella anrora,
Y encumbrados peñascos de Nifates,
El que los campos fértiles labora,
Que con bañados pasos mide Eufrates;
El que en las tierras del Coaspe mora,
Que de sí arroja á la preciosa Acates,
El que de Araxes prueba el agua clara,
Y el que los frutos del amomo ampara.

Acudirá al precepto soberano
Del que los elementos reconcilia,
El incola del Tauro y del Amano,
El que goza las selvas de Pamfilia,
El que de Licia rompe el monte y llano
Con el arado, la civil familia,
Que entre Cilicia y Licaonia vive
Y las leyes isáuricas recibe.

El que los muros levantados mira
Del soberbio edificio guarnecido
De dispuestas columnas que por pira
Puso la reina bárbara al marido;
Aquel á quien Meandro en torno gira
Tantas veces con curso retorcido,
El que las aguas del Caistro bebe,
Do el cisne las nevadas alas mueve.

Los que ciñe el Pactolo caudaloso,
Naciendo de las cuevas de oro llenas,
Aquellos entre quien Hermo abundoso
Corre resplandeciendo en sus arenas;
Las gentes que rodea el mar ondoso,
En cuya márgen de tristeza llenas
Las neréides con llanto se dolieron,
Cuando de Aquiles la tragedia oyeron.

De la Grecia los sabios moradores
Ante el justo juez serán llamados,
De las buenas costumbres formadores
En sagaces astucias señalados;
Y los que de los Alpes superiores
A las nubes habitan rodeados,
Los que divide y corta el Apenino,
Que por medio de Italia abrió camino.

Los que junto á las aguas aumentadas
Del Danubio nacieron, que bañando
Los bosques y las selvas apartadas,
Va diversas ciudades sustentando,
Hasta que con las ondas enojadas
Llega á Pence, sus fines azotando;
Acudirán del Ródano las gentes,
Arrebatadas como sus corrientes.

Los que mira el cortado Pirineo
Hasta las dos columnas levantadas
Que puso el Héroe, que por Euristeo
Hizo tantas empresas señaladas;
En suma, hasta las sombras del Leteo
Y cuantas criaturas encerradas
Tiene en sus reinos Lucifer blasfemo,
Parecerán ante el Juez supremo.

Entonces el divino Presidente
De espíritus angélicos ceñido,
Asentado en su trono omnipotente,
Apartará del malo al elegido;
Como cuando el pastor atentamente
Del cabrito el cordero ha dividido,
Y al justo dará el lado de su diestra,
Poniendo al reprobado á la siniestra.

«Venid, benditos de mi Padre eterno,
Dirá al dichoso gremio el Juez recto,
Goza del justo reino que ab eterno
Para vosotros fué en mi mente electo;
Porque cuando mojado el frío invierno
Nieve vertía con horrible aspecto,
De su ciego furor me defendistes,
Y en vuestros blandos lechos me acogistes.

» Cuando la cruel hambre me acosaba,
Con el sustento el paso la impedistes,
Cuando con la sed áspera anhelaba,
Mis labios con el agua humedecistes;
Cuando en la cárcel afligido estaba,
A mi grave dolor consuelo distes,
Y rendido al calor del accidente,
Me visitastes en su estío ardiente.

Después de su justicia ejecutando
La sancta ira, dirá á los reprobados:
«Id, malditos (su muerte amenazando),
A las eternas penas condenados;»
Y como el fiero incendio, que abrasando
Va las mieses y pastos agostados,
Así el Señor castigará al precito
Con su propio furor y odio maldito.

De la sólida fábrica el adorno
Será deshecho, ardiendo en vivas llamas;
El mismo triste día arderá en torno
Como en las brasas las adustas ramas;
O como cuando el encendido horno
Se quema con innumeradas retamas,
Y el condenado pueblo, eternamente
Muriendo, vivirá entre azufre ardiente.

Pero aunque la caduca arquitectura
Del arenoso círculo encendida
Se deshará, trocando la figura
En menudas cenizas convertida;
Después con mayor gracia y hermosura
Le dará el Padre inmenso nueva vida,
Y no estará sujeta á las edades
Del tiempo ni á sus duras tempestades,

Antes tendrán los círculos errantes
Del mundo con Apolo firme asiento,
Y pondrán fin los astros inconstantes
A su torcido curso y movimiento;
Nuestros ánimos, quietos y constantes,
No mudarán jamás el pensamiento
Que ahora apartan del camino llano
Contra el entendimiento soberano.

De cuadrillas angélicas ceñido,
El justo será en alto levantado
Para gozar el premio merecido,
Que Dios tiene á los suyos reservado,

Y el malo de su culpa convencido,
Caerá con la carga del pecado
En precipicio del profundo infierno,
Condenado á vivir en fuego eterno.

¡Oh feliz día, á cuya lumbré pura
No encubrirá con el nocturno manto
De tinieblas la opaca sombra oscura,
De horrible vista y temeroso espanto!
¡Oh día de descanso y de dulzura,
Día alegre, en el cual el gremio santo,
Del enemigo alcanzará victoria,
Y tendrá premio de reposo y gloria!

FIN DE LA CREACION DEL MUNDO.